

sicos, rebosantes de memorias, consagrados a un pasado, se vende mucho dulce, muchas primorosas frutas de horno. Lo mismo tuve ocasión de observar en Loja, donde seguramente no existe proporción entre el número de habitantes y el de confiterías, y donde existe una especialidad de roscones blancos, de esos que, como dijo con donaire Vital Aza por boca de uno de sus personajes, no debían acabarse nunca. Pues bien, con ser tan maestros los confiteros de Alcalá, y poseer tal arte para las merengadas y las empanadillas toledanas, rellenas de cabello de ángel, los bizcochones y otros infinitos refinamientos de pastelería, repostería y dulcería, no han podido sorprender el secreto de las monjas. Todos hacen almendras garapiñadas, y las venden por arrobas; pero, ¿cómo las que vienen del convento, en alcataces sujetos con un alfiler, que recuerdan el siglo XVII? Quiá. Nadie, nadie puede competir con las monjitas. Buenas serán otras almendras, pero las del convento son otra cosa, menos empalagosas, doblemente ligeras, y crocantes. Hay no se sabe qué diferencia, un punto — ese punto que da la gracia a todas las cosas... Es como el misterio de otras almendras célebres, las de Allariz. Yo no he podido jamás obtener la receta, que el celo de la gloria local reserva cuidadosamente.

Una de las magnificencias de Alcalá es el Archivo. Sigue siéndolo desde el punto de vista monumental, aunque desde el documental se haya visto despojado de sus riquezas, que se trasladaron al Archivo Histórico, y se encuentre convertido en depósito de los papeleros más inútiles y de los más estorbosos farragos que con celo digno de mejor causa conserva nuestra chinesca Administración. En efecto, yo me pregunto si, caducando las Cuentas a los cinco años para todo efecto de reclamaciones y rectificaciones, es tan necesario archivarlas pasada esa fecha, o si no sería mejor hacer de ellas un extracto que quedase como dato general, y quemar tanto legajo que nadie consultará nunca. Puede que esto que digo sea un dislate; hay quien entiende que todo papel puede servir de algo en alguna ocasión. Si se me demuestra que éstos merecen el trabajo de guardarlos en orden estricto, en sólidas y costosas estanterías, dentro de tan soberbio monumento nacional, al cual se le están poniendo apéndices y anexos, porque los papelones todo lo inundan, diré que me retracto. No sé cómo se llegará a pegar al insigne Archivo tanto almacén como se necesita para el río caudaloso de mazos de manuscritos que aquí confluyen.

El Archivo, en su parte antigua, es una joya del Renacimiento, de una pureza y elegancia de líneas que admira y encanta.

Yo he ido a Alcalá, antes de ahora, con frecuencia, y no me he cansado nunca de contemplar los bellos modillones del patio, con su riqueza de diseño y su grandiosidad de concepción, a veces miguelangelesca. Han resistido a la barbarie que los carcomió y mutiló. Emergen, sobre la ofensa del tiempo y de las manos sacrílegas, muchos intactos trozos, y el vigor de las anatomías, la magia de los caprichos de flores, troncos, monstruos, quimeras, endriagos, amores, sirenas, caras tétricas saliendo de capuces dantescos, y faunillos rientes, hijos legítimos de la pagana alegría de aquel período histórico, nos hechizan. ¿Por qué el dinero que se gasta en conservar lo que de nada ha de servir, no se emplearía en hermosear, no el patio, que eso no cabe, sino su recinto, donde crece hierba infecunda, y en medio del cual un pozo, sin valor artístico, más afea que decora? Allí conviene un jardín a estilo de los que pintó Velázquez, y un pozo copiado de alguno de los muchos modelos que existen contemporáneos del edificio, con los hierros forjados. Y no fuera malo tampoco terminar la obra del Salón de Concilios. El Salón de Concilios, en parte restaurado, estaba igual que ahora cuando por primera vez lo vi, hará un cuarto de siglo, y ya entonces me dijeron que lo poco que faltaba se haría en breve. Hoy se me figura que son menos optimistas, porque entienden que, vista tal interrupción, no se hará jamás. Están terminados el techo, de morisco alfarje; las ventanas con su vidriería de colores; y su encuadrado, árabe también, las puertas; faltan el friso y su entablamento, o su azulejería, que es lo propio; el decorado de las paredes, y el piso. En el piso se lee la brusca suspensión de los trabajos, porque parte de él está de ladrillo y al final un trozo es sólo de tierra, que mancha las botas. Y en tantos lustros, no se ha intentado dar remate a una labor que exigen de consuno nuestra honra nacional y nuestro interés, para los fines del turismo. En el tiempo transcurrido, los dorados de la restauración, por fortuna, se han puesto apagados y morenos, y las pinturas han perdido también la crudeza de nuevas, con lo cual parece todo más armonioso y dulce a la vista. Dicen los muy entendidos que la restauración es torpe e imperfecta, porque las leyen-

das árabes están truncadas, y delata este pormenor que la obra fué hecha por quien desconocía la lengua y hasta el estilo, pues allí aparece la mezcla de varios, desde el persa hasta el mudéjar. Como la impresión de conjunto es bella y la inmensa mayoría de la gente no aprecia esos pormenores (sin que yo niegue que son muy dignos de ser tenidos en cuenta), el día en que el Salón de Concilios se termine, y cubran tapices sus paredes, será espléndido para celebrar algún acto solemne y aparatoso, que sirva de pretexto a la exhibición de ese encantado recinto, y de la grandiosa escalera, y del patio, y de la galería de hadas que lo registra.

Poniendo a prueba la agilidad de mis acompañantes, recorrí hasta tres veces el Archivo, y lo curioso de mi peregrinación es que la hice en busca de un aposento que se había perdido y que yo no me resignaba a no encontrar. Era un camarín, en el torreón de Tenorio, y en él, cuando en el Archivo de Alcalá existían causas de Inquisición, de brujería y sortería, en extremo dignas de un destripe, me había ofrecido amablemente el Archivero mayor instalarme una mesa, para mis estudios. De esto hacía muchos años, y no llegué a aprovechar la oferta; pero, como quiera que la imagen del lindo camarín quedó grabada en mi memoria, no me era posible convencerme de que se lo hubiesen llevado malignos encantadores. El conserje, partiendo de la idea de que un torreón es sólo su parte alta, y protestando de que si conociera el edificio donde llevaba cuarenta años de residir, me llevó a la plataforma, y desde ella subí a los alminares, y vi un panorama muy bello, por lo cual no lamenté las erratas ni la ascensión, un tanto dificultosa. Y a fuerza de insistir, y previo auxilio y consulta de los archiveros, conseguí que el perdido camarín reapareciese. Vacío se halla de todo mobiliario, pero es una monería, y allí se puede fantasear lo que se quiera sobre cautivas moras, caballeros que vienen a redimir las, trovadores o rawies que entonan rondes o kásidas, y todo el decorado y accesorio del romanticismo.

Del camarín pasé a otro monumento que también están restaurando, me figuro con mayor actividad: la catedral. La visité en otros tiempos, sin andamios, sin cal, sin maderos en confusión y piedras esparcidas, y apenas la reconocía, en su desolación de fábrica nueva. El sepulcro del gran cardenal se oculta bajo una garita de tablas, y malamente, a la luz de una palmaria, pudimos apreciar algo de su ornato, tan italiano como Cisneros era español. Las ricas y ostentosas verjas, empasteladas por capas de polvo y yeso, apenas lucían su elegante dibujo, sus retorcidas columnas salomónicas. De la cripta, donde se guardaban con tanta veneración, faltan los cuerpos de los santos Justo y Pastor, los niños mártires, que a los siete y nueve años de edad dieron testimonio de su fe y fueron degollados. Las escenas del martirio se ven esculpidas en el encuadrado del ara, pero los Niños se fugaron a la iglesia llamada de los Jesuitas, donde el cabildo se ha refugiado también. El día en que la Catedral salga de su andamiaje remozada, con cuerda para muchas centurias, necesitará recobrar el moho, la pátina que los siglos le habían prestado.

No ha sido nunca, sin embargo, esta catedral de Alcalá, de las que en España asombran al turista y al artista. Las poseemos tan divinamente hermosas, tan notables como ejemplares arquitectónicos, tan ricas de tesoros en su interior, que ésta figura entre las de tercer orden. No muy lejos de Alcalá se encuentra una de las más típicas: la Catedral-fortaleza de Sigüenza.

De noche, cuando nos retirábamos, camino de la Estación, iba lamentando no haber conocido a estas ciudades que son como núcleos de la nacionalidad, en sus días de vida intensa, cuando, a la vuelta de una calle oyéronse gritos, fulguraron antorchas, hormigüeo multitud, algo que al pronto parecía motín... No era sino una estrepitosa encerrada al estilo clásico. Por la mañana se habían casado dos viejos, más allá de los sesenta, y con cencerros, cuernos, cacerolas y cantos de gorja, celebraba el suceso la gente maleante y de humor... Por un instante, la antigua Alcalá estudiantil me pareció que había revivido, en esta zambra de vejamen de la senilidad del amor. Así sería, cuando por sus calles vagaba en busca de aventuras Quevedo, la ilustre Compluto; porque el saber y el romper codos y gastar aceite en la lámpara o en remojar pan con que sustentarse espartanamente, no ha sido nunca obstáculo para armar estas funciones de risa... Tuve el gusto de creerme, de pronto, en los grandes tiempos de Alcalá de Henares, mientras los novios sabe Dios qué dirían, al interrumpirse su idilio... El tren me despertó. ¿No era en el siglo XVII? ¿Qué lástima!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El tren que nos lleva a pasar el día a «la antigua Compluto», como le llaman los que quieren florear el estilo, va lleno de uniformes azules, de largos capotones, de esos de germánico aspecto que nuestro ejército ha adoptado. La noble ciudad castellana, de intelectual abolengo, hoy decaída de su esplendor, no conserva un poco de vida sino gracias al acantonamiento de las fuerzas que la guarnecen.

¡Tantos recuerdos, tantas glorias! Dos nombres flotan en el ambiente recogido y semimonástico de Alcalá de Henares: Cervantes y Cisneros. Son, me parece, un par de nombres. El haber dado cuna al primero, se lo disputa a Alcalá de Henares Alcázar de San Juan, donde existe una pléyade de eruditos mantenedores de que Cervantes nació allí. Mil veces han llegado hasta mí incidentes de este litigio, en el cual no tengo calidad para intervenir, aunque otra cosa digan los bondadosos señores que a mí recurren. Será acaso la cuestión del nacimiento de Cervantes una de tantas de la biografía cervantina, sobre la cual se ha escrito y seguirá escribiéndose hasta sabe Dios cuándo, porque, a pesar de muy laboriosas investigaciones realizadas con una tenacidad que parece alemana o, dijéramos mejor, benedictina, en la vida del Manco ha de haber siempre mucho que permanezca en sombras, y algo semejante ocurre en la de todos los grandes personajes, literarios e históricos. Porque la verdad que se funda en documentos tampoco es la verdad, y hasta diré que lo más interesante y revelador no se consigna en documentos nunca.

En esto pensaba cuando me dirigía a la vieja urbe universitaria, que en tiempo de Cervantes, y cuando los padres del excelso ingenio residían allí, estaría llena de animación, recorriendo sus calles los sopistas, con sus bayetas negras y sus caras juveniles y rientes. Hoy es Alcalá una ciudad callada, limpia, en cuyo aire reposado tiemblan las vibraciones de las campanas de unos veintitantos o treinta conventos de monjas. Esos conventos, de paredes de ladrillo algunos de ellos, casi sin ventanas, a menos que se cuenten por tales dos o tres angostas rejillas, que semejan ojales de azabache en el rostro cobrizo de una gitana, prestan a Alcalá cierta nota de misterio atractivo para el artista. Los nombres que les da la gente — monjas de hierro, monjas de palo — interesan como si detrás de ellos se vislumbrase una leyenda de novelesco sabor y, sin embargo, no hay tal cosa pues el hierro y el palo de las monjitas se reduce al material de la verja que rodea su atrio. Pero es misterioso siempre un convento de mujeres, de contemplativas, y yo, desde el punto de vista de la impresión sentimental, prefiero esta clase de freiras, ancladas en la paz de un pueblo histórico y ajeno al movimiento contemporáneo, en la serenidad de lo definitivo, a esas otras monjas cuya utilidad y cuya altura moral reconozco, pero que son mucho menos poéticas: las que salen y entran, van a las casas a cuidar a los enfermos, se sacrifican con abnegación en los hospitales, o dan escuela a los chiquillos. Estas solitarias, que hacen del monasterio fortaleza contra la instabilidad del destino, que voluntariamente se han cosido en el sudario místico de sus votos perpetuos, sugieren más nostalgia, por lo mismo que son un arcano, y que nadie puede saber lo que pasa en sus espíritus, protegidos por los muros altos y las rejillas negrísimas...

Lo único que sale al exterior de las monjas de Alcalá es su modesta y arcaica industria de las almendras garapiñadas... También las almendras tienen su secreto. Alcalá es notable por la excelencia de sus confiterías. Donde apenas hay diversiones, la golosina es un *peché mignon*, y en estos pueblos clá-